

EL EVANGELISTA
NOVELA DE COSTUMBRES MEXICANAS

FEDERICO GAMBOA

Presentación, edición y notas

Verónica Hernández

I

—Sí, hasta mañana, don Moise, y que siga el alivio.

Noche a noche ésta era la frase con que, en la esquina norte del portal de Santo Domingo, se interrumpía el breve coloquio de dos viejos: don Herculano Paz, que aún seguía hasta sonadas las diez —secundado de dos mozuelas avisadas y no de mal ver, que le decían “padrino”— dirigiendo las ventas nada escasas de su alacena Miscelánea, en la que había un poco de todo, billetes de loterías, naipes españoles, cigarros y puros, sellos del correo y del timbre, artículos de escritorio, cervezas y gaseosas, y unas afamadas tortas compuestas capaces de provocar una tiflitis en los intestinos más adultos y acorazados; y don Moisés Torrea, evangelista de profesión, instalado hacía años en el propio portal, que de antiguo alberga en sus interiores golpeados por todas las intemperies, a esta benemérita clase de escribientes públicos, en marcha gradual y despiadada hacia el desaparecimiento y el olvido.

Don Herculano —más conocido entre marchantes y vecinos, por don Hércules— se confesaba dueño de sesenta años, de una salud de árbol, y de un despacho de mayor en depósito, del ejército liberal y salvador de las instituciones republicanas, tan a pique de haberse hecho trizas cuando la intervención francesa y el “llamado imperio” de Maximiliano de Austria. Lo de sus sesenta años, hubiera podido tomarse por punto predicable y de duda; lo de la mayoría, no, por la ejemplar largueza con que en nuestras muchas guerras extranjeras y civiles hanse prodigado espiguillas, estrellas, entorchados y águilas; y lo de su salud de árbol, menos, por lo recio de su contextura, que ya llegaba a obesidad, por lo rojizo del color y lo plácido de su genio y de su risa, por lo bien que

resistía fríos, soles, lluvias y polvos, por lo que impunemente trasegaba cervezas en amor y compañía de los parroquianos que se corrían, y por lo derecho que, flanqueado de sus dos “ahijadas”, a eso de las once, y bien embozado en su dragona, rumbo al domicilio nunca confesado a las derechas, se marchaba por esas calles de Dios.

Don Moisés —que a los principios sentía crispaciones de ira frente a su nombre convertido en don Moise— era el reverso de tan tosca medalla. Desde luego, no imponía arbitrarios descuentos a sus sonados sesenta y nueve años, ni se adjudicaba una salud de la que andaba hartado ayuno, ni le fabricaba parentesco contrahecho a su nieta, una linda criatura de dieciocho primaveras que le endulzaba a él el crepúsculo de su vida, ni ocultaba a nadie, cuando el declararlo era menester, su fijo y mustio domicilio. En cambio, por pudor no aludía nunca a su profesión de militar; pero no porque se tuviese como excomulgado a consecuencia de haber combatido del lado de los imperialistas ¡qué disparate!, sino por el culto que aún profesaba al noble ejercicio, del que, sin embargo, apenas si llegó a disfrutar los primeros honores. La catástrofe de Querétaro, génesis y principio de sus desventuras, lo sorprendió de teniente del 4º de lanceros.

Toda una historia triste esta de su enganche voluntario en las filas de Maximiliano, a las que lo empujó un entusiasmo juvenil, y por juvenil irresistible.

II

Precisamente por lo turbio de los sucesos políticos de entonces, determinó su padre, don Bartolo, que Moisés y la madre de éste —doña Nicolasa— se trasladaran a Querétaro, a la

casa de lejanos parientes, donde estarían con mayor seguridad que a la vera suya, en plena sierra, en aquella hacienda de La Puerta, muy frecuentada de mochos y chinacos que, en esto de esquilmarla y sangrarla parecían todos unos, según salían de mellizos los abusos y atropellos de entrambos. Él, don Bartolo, se quedaría a correr la suerte que Dios le deparara, porque cuando a un hombre de conciencia y de principios como él, un tercero le fía la custodia de sus propiedades, en ellas ha de perecer antes que pensar siquiera en el abandono y en la fuga. ¿Acaso huyen los pastores si en medio de los campos los sorprenden el chubasco y los rayos? No, ¿verdad? Si pueden, se guarecerán entre las peñas, bajo los árboles, y en cuanto el trueno se aleja y la lluvia escampa, primero han de atender a los desperfectos y estragos del rayo y del agua, que a exprimir sus ropas y enjugar sus cuerpos...

III

Y en el comedorcito de la vivienda rústica en que se colaban por las hendeduras de las ventanas cerradas, quejumbrosos cierzos marceros, y amable luz de plenilunio por sus cristales toscos, las palabras de don Bartolo adquirirían trascendencia inusitada y sonoridades solemnes y graves. Era que, para desdicha de los tres interlocutores, hallábanse aquella noche en su última cena, la que todos tenemos alguna vez, sin saberlo. La marcha estaba fijada para la mañana siguiente, antes del alba; y por eso la cena la habían catado apenas, por eso habían abundado más que los manjares y viandas, los suspiros y lágrimas incontenibles, de antiguo precediendo y ennegreciendo a las separaciones que un secreto

presentimiento nos anuncia como indefinidas y eternas. ¡Qué tal sería la cosa, que hasta los dos mastines guardianes, el Turco y la Gacela, de ordinario solicitando relieves y sobras con manos y hocicos, permanecieron echados y quedos a los pies del amo, perfectamente al cabo de lo serio del momento! El Turco hecho un ovillo, y la perra, descansando la testa en las rodillas de don Bartolo, entrecerrados los ojos avizores y dulces, pendiente de sus ademanes, cada vez que se la acariciaba maquinalmente, después de sacudir la ceniza de su cigarro o de alisarse su lengua pera plateada.

—Pues eso han sido y son —continuó en reposado tono— todas nuestras malditas guerras y revoluciones: tempestad, que de improviso se abate sobre nuestros ganados, nuestras siembras y nuestras vidas, a punto que ya íbamos a levantar la cosecha y a vivir contentos...

No obstante los años transcurridos y las padecidas vicisitudes, nunca había olvidado don Moisés aquella noche y las palabras aquellas.

IV

A él, despacháronlo a que se acostara un rato; pero ellos dos, sus padres, quedaron charla que te charla junto a la mesa, cosas muy tristes serían, supuesto que Moisés, cuya sana juventud al fin lo regaló con buena ración de sueño macizo, aún pudo escuchar los sollozos ahogados de su madre, y los carraspeos de don Bartolo... Y antes de la aurora, la partida, los momentos postreros en el ancho patio de la hacienda, empapado de luna todavía: hombres y bestias, movíanse con el menor ruido posible, como para que no pudiera

sentirlos el enemigo invisible y oculto en cualquier recodo del camino que iban a recorrer; los mozos, acababan de cargar y de cinchar a las mulas, que piafaban y doblábanse en sentido contrario del que los jayanes tiraban de las sogas; los mayordomos que habían de escoltar a la familia, revisaban los frenos y cabezadas de las caballerías, que algo rezongaban hurañas y asustadizas, y los gatillos y llaves de pistolas y carabinas, cuyos metales cabrilleaban en la luz argentada; los perros, iban y venían inquietos, se desperezaban contra las pantaloneras de los mozos, se empinaban hasta olfatear los belfos húmedos de sus amigos los caballos, u orinábanse sobre el brocal de la fuente del centro, que desparramaba su agua por sobre las baldosas desiguales y flojas; pero sin ladrar ni gruñir, sólo muy jadeantes, la lengua pendiente, los mirares elocuentes y expresivos. Don Bartolo dictaba sus órdenes en voz queda, y en voz queda le contestaban y obedecían todos. En los lindes del patio, bien embozados en sarapes y rebozos, grupos de peones con sus mujeres, presenciaban la escena.

—¿Estamos?... —inquirió don Bartolo.

—¡Listos, l'amo! —repuso el que hacía cabeza.

—¡Pues, andando, y que Dios los cuide!

Hubo una nota de inmensa ternura cuando todos, a caballo ya, don Bartolo en persona ayudó a que su mujer se acomodara en el suyo. Él sujetó la brida, él dobló la pierna para que doña Nicolasa trepara. Y ya acomodada ésta, descubriéndose le asió una mano, que besó callada y largamente, a presencia del grupo compacto de hermanos en la miseria y las fatigas, como un patriarca. Doña Nicolasa, en pago, doblóse hasta su viejo compañero, y lenta, casta y amorosamente lo persignó, en voz alta... Frente a las palabras rituales, aquellos hombrazos descubriéronse a su vez, inclinaron los rostros atezados, y en devoto

silencio, pensarían en los suyos, sus esposas y sus hijos en vela, que estarían también, seguramente, persignándolos desde los interiores de los humildes hogares campesinos.

Como una esperanza, el canto de un gallo invisible rasgó el angustioso silencio.

Aún los acompaña don Bartolo hasta los mismísimos dinteles del zaguán ancho y basto, que los mozos abrieron de par en par a fin de que la cabalgata tuviese cómodo paso. Y de pie en los medios del zaguán abierto, por cuyo amplio vano se columbraba un pedazo de cielo, una porción de la sierra y a la luna pálida que se anemiaba en la altura, la maciza figura del honrado administrador se perfilaba enérgicamente, de cara a las livideces aurales que mucho se la espiritualizaban, siempre descubierto, diciéndoles adiós con entrambos brazos extendidos por encima de la cabeza; lo que, a la distancia, prestábale un aspecto de crucificado.

V

A pesar de haberla habitado diversas temporadas, inclusive cuando estuvo de interno en el famoso colegio de San Ignacio y San Javier, de la calle del Sol Divino, a Moisés nunca le causó Querétaro la impresión que esa tarde de principios de marzo en que, al cabo de cuatro días de cabalgar con zozobras, llegaron sin mayor novedad a guarecerse dentro de su recinto, él, su madre, los mozos y las caballerías. De improviso divisáronla, al pardear la noche, con lo que su muchedumbre de torres, cúpulas y espadañas, por la distancia y las melancolías del crepúsculo, creeríaselas fabricadas de niebla y quimera más que de piedra y barro. Caballerizos y bestias fueron a instalarse en el mesón de los Cinco Señores; y doña

Nicolasa y su hijo, a la morada de unas sus parientas lejanas y venidas a menos, solteronas empedernidas ambas, a lo que hay que achacar el que con el nombre de la calle en que de antiguo vivían, las conocieran todos y todos las llamasen, las Machuchas.

En aquellos días siniestros y mal encarados que inmediatamente precedieron al sitio inolvidable, la “muy noble y muy leal ciudad de Santiago”, de suyo tristonera, rezandera y encogida en lo atañadero a trato social, se encontró más aún. Casas, calles, iglesias y conventos, el propio acueducto, y los habitantes sobre todo, presentían que los amagaba una gran catástrofe, la veían venir, y faltos de remedio humano con que atajarla, personas y cosas lucían torvos semblantes, y las primeras escatimaban palabras, abolían sonrisas, suprimían visitas; menos a los templos, henchidos de pedigüños y atribulados. Todo esto, y más, dijeron las Machuchas a su remota prima doña Nicolasa, entre abrazos y bienvenidas:

—¡Nos amenaza un cataclismo, hija, como lo oyes, un ca-ta-clismo!... que acabará de una buena vez con liberalotes, ateos y masones o a los que siempre vivimos en temor de Dios, nos sepulta debajo de las ruinas que cause...

—¡Vaya, vaya, que no será tanto, exageradas! —replicábales con forzada sonrisa la valiente doña Nicolasa, abriendo baúles y desarrugando ropas; aunque acongojada por dentro de que de veras fuese así, y su viejo, allá en la sierra, y su hijo en ese volcán a punto de reventar al que tontamente habían ido a guarecerse, sufrieran las consecuencias.

Las Machuchas, Jesusa y Catalina —por su verdadero nombre las señoritas Calatrava— que juraban ser consanguíneas próximas, por línea materna, del ilustre alcalde queretano don Juan José Rebollo,¹ y por la materna, del mismísimo corregidor don Ignacio

¹ Juan José García Enríquez de Rivera Rebollo Ocio y Ocampo (1775-1837) fue capitán del Regimiento de Dragones de España y juró la Independencia al lado de Agustín de Iturbide, quien lo nombró jefe político del estado de Querétaro a mediados de 1821. Renunció al cargo luego de que Iturbide abdicara la corona imperial el 23 de marzo de 1823. Véase Marta Eugenia García Ugarte, *Breve historia de Querétaro*, México, El

Ruiz Calado,² eran imperialistas a macha martillo; razón por la cual, desde el 19 de febrero, en que el Emperador (¡con qué devota lentitud pronunciaban la alta jerarquía!) se hizo fuerte en la ciudad vetusta y mística, ellas se domiciliaron en el éxtasis, entraban y salían a cualquier hora, asegurábanse informadas hasta de los secretos más recónditos de la situación, y afirmaban por todos los santos, que el triunfo de “los buenos” no estaba lejos...

Moisés las escuchaba en silencio. Comenzó por asomarse a los balcones, y concluyó por echarse a la calle, contagiándose en ella de la atmósfera de heroicidad optimista que la saturaba, aunque aquí y allí rasgada de relámpagos de desconfianza y de duda. Su juventud sana y fuerte, pasó por crisis moral que lo detenía en las esquinas, ante las obras de defensa, junto a los grupos de soldados que, enardecidos por sus jefes, en la victoria confiaban. ¿Tendría razón su padre, y él no debería mezclarse con los unos ni con los otros, supuesto que unos y otros eran sus hermanos?... Cuando, hacía un lustro, hasta el colegio llegaron rumores fragmentarios del desembarco de los franceses, y de la victoria mexicana del 5 de mayo, su corazón de trece años se le fue derechamente hacia los liberales, a los que aplaudió hasta el delirio y a quienes diose a idolatrar sin conocerlos. Pero, de vuelta en la hacienda, a sus dieciséis recién cumplidos, su adolescencia vibrante de entusiasmo y su voluntad muy inclinada a marcharse con los que resistían a los intrusos, su padre, al que veneraba, le apagó humos y fuegos con sus palabras graves y con la pesadumbre de sus razones:

Colegio de México / Fideicomiso de las Américas / Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 124-125.

² José Ignacio Ruiz Calado (?-1801) fue el primer corregidor de letras de Querétaro, nombrado por el virrey Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de Revillagigedo, en 1794. Permaneció en el cargo hasta su muerte. Véase Gabriel Agraz García de Alba, *Los corregidores don Miguel Domínguez y doña María Josefa Ortiz y el inicio de la Independencia*, t. I, México, edición de autor, 1992, pp. 287-288. Su labor en los ramos de orden público y salubridad es poco conocida, a veces confundida con la de su sucesor, el corregidor Miguel Domínguez. Véase Marta Eugenia García Ugarte, *Breve historia de Querétaro*, México, El Colegio de México / Fideicomiso de las Américas / Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 103-107.

—¡No vayas a darme el disgusto de abandonarnos a tu madre y a mí, que sólo a ti te tenemos!... Esto del imperio, es cosa que carece ya de compostura, y si es cierto que nos ha traído a los franceses, los franceses acabarán por irse, y quedaremos mexicanos nada más, sosteniéndolo o combatiéndolo... El Emperador, dicho sea sin agravio, se me figura a mí que no es mala persona... Muy mozo estás tú, espera a ver qué sucede, y mientras, trabaja conmigo esta pobre tierra nuestra, que harto lo reclama. Piensa sobre todo, que en los dos campos tienes hermanos, y que sea cual fuere el que escojas, a hermanos matarás...

Nada convencido, Moisés cedió entonces; pero ahora, frente por frente de la tragedia, ¿cuál sería el deber?, ¿cuál sería su deber personalísimo, el que todos llevamos dentro de nosotros exigente e inexorable?...

VI

Los sucesos precipitáronse: el día 14, los sitiadores abrieron el fuego de sus cañones sobre Querétaro; con lo que dio principio esa vida, que casi no lo es, de las ciudades asediadas. Moisés, apenas si paraba en la casa a las horas de comer y de dormir; pues las encontradas sollicitaciones interiores que lo inquietaban, únicamente aminorábanse con sus caminatas diarias por calles y plazas. Hasta que una noche, cuando después de la cena frugal las Machuchas retirábanse a su habitación, y él y doña Nicolasa se quedaban solos, y muy cerca sus rostros cambiaban impresiones en un ángulo de la mesa, bajo la lámpara de petróleo que dibujaba un disco color de oro viejo sobre el mantel, Moisés formuló la pregunta que venía mascullando desde el inicio del sitio:

—¡Madre!, ¿qué debo hacer?

Inclinó doña Nicolasa su cabeza, para ocultar las lágrimas, y tras fugaz silencio, contempló a Moisés largamente, con esa ternura apasionada e infinita, con ese amor santo que sólo las madres atesoran, y luego le repuso:

—¿Cómo quieres que yo lo resuelva, si eres mi único hijo?... Haz lo que consideres que en circunstancias tan graves te aconsejaría tu padre... ¡y que Dios te bendiga! —acabó en voz muy tenue, segura de que Moisés no podría sustraerse al influjo de la época de furor y de sangre en que su juventud, como una flor enferma, entreabría sus pétalos.

Todavía Moisés permaneció indeciso algunos días, y así presencié, el 22, la trabajosa salida rumbo a México, de Márquez y Vidaurre al frente de mil quinientos hombres, de donde diz que pronto habrían de regresar con refuerzos incontrastables para el triunfo.

Lo que vino a determinar la súbita resolución de Moisés, fue la solemne distribución de la medalla del Mérito Militar, que el Emperador en persona llevó a cabo el día 30, en las anchuras de la plazuela de la Cruz, donde se levantan el templo y el convento de la Santa Cruz, con su huerta y cementerio anejos, en el que se han vuelto polvo los restos de la ilustrísima doña Josefa Ortiz de Domínguez. Allí, formadas las tropas que en esos momentos no hacían suprema falta en trincheras y reductos; al ronco clamoreo de los cañones republicanos, que no cesaban de vomitar metralla y muerte, y a los marciales sonos de las músicas imperialistas; las banderas, enloquecidas por los rudos vientos marceros, retorciéndose y golpeando en los mástiles que los abanderados hincaban en las cujas para que los lienzos mutilados no se echaran a volar frente a la monstruosidad de que sus tres colores gloriosos sirvieran indiferentemente en ambos campos enemigos para esa prolongada y horrenda carnicería de hermanos; allí, el Emperador, en medio de aplausos,

aclamaciones y vivas que los cañonazos opacaban, una por una fue prendiendo en muchos pechos fieles que nunca palpitaron de miedo y entonces palpitaban de emoción, la medalla diminuta de oro, de plata, de bronce —primera, segunda y tercera clase—, que premiaba la lealtad y el valor. Concluida la imponente ceremonia, el general Miramón (según Moisés oyó que apellidaban al apuesto militar), previa venia del soberano, le prendió a éste una de aquellas medallas, pero no de las de oro o plata que fulguraban en los dormanes y guerreras de oficiales y jefes, sino una de las de bronce que habían correspondido a los humildes, los soldados y clases. El instante resultó grandioso: en la mañana dorada de marzo, a pesar del coro ensordecedor de los cañones que prestaban a la escena una magnificencia única, el general Miramón arengó a las tropas, que se inmovilizaron y presentaron armas, en tanto las banderas de los regimientos se humillaban, y cornetas y tambores batían marcha de honor. Al mismo tiempo, el Macabeo³ lentamente llegose junto al príncipe rubio, el cual, adelantando aquel ademán que habría de repetir de ahí a pocos días en el cerro de las Campanas, para que la ultrajada soberanía nacional pusiese un término justiciero y bárbaro a su romántica y abortada aventura, con la una mano se apartó la sedaña barba de oro, y con la otra señaló, encima del mismísimo corazón ¡sitio privilegiado para la medalla de bronce con que su ejército lo galardonaba!... Tropas y pueblo lo vitorearon, pero el persistente rugir de los cañones liberales orlaba de presagios enlutados la fiesta patética, y en antesala de la muerte transmutó la risueña y apacible plazuela provinciana.

³ Amigos y enemigos llamaban así a Miguel Miramón (1832-1867), por analogía al personaje bíblico Judas Macabeo. Véase Enrique Krauze, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, México, Tusquets, 1995, pp. 229-230.

Judas, líder de los israelitas, comandó al ejército para defender a su pueblo del constante asedio griego; con este propósito, se alió con los romanos, famosos por su capacidad bélica y su progresiva expansión territorial. Véase 1 Macabeos, 3-9; en línea: <<http://www.unfec.com/Biblia/VersiculoAT.asp?LAT=1%20Macabeos>>.

VII

Sacudido hasta la médula, Moisés hizo al paso del Emperador lo que hacían otros muchos, tenderle la mano. Tan conmovido estaba, que Maximiliano hubo de notarlo, y se detuvo. ¿De dónde era?, ¿qué edad tenía?, ¿qué deseaba?... Ignorante de protocolos y ceremoniales, Moisés, apeándole el tratamiento, le contestó todo encendido y sofocado:

—¡Servirlo a usted, señor, y si es menester, hasta morir a su servicio!...

A la garrida juventud del mozo y a la penuria de combatientes se debería, seguramente, que lo admitieran como sargento en el 4º de lanceros, atentas su educación y prestancia. Evitó despedirse de doña Nicolasa, y montado en su propio caballo, desde esa tarde sentó plaza, caldeado de un entusiasmo enfermizo que le quemaba las arterias; y al cabo de la semana, de uniforme ya, fue a participarle a su madre lo ocurrido, a pedirle que lo bendijese y rezara por él. Las Machuchas, por imperialistas, por solteronas y por parientas suyas, hasta lo besaron.

El 1º de aquel abril, como un reto a la desgracia, como una ironía suprema, aún se celebró con relativa pompa exclusivamente militar, el aniversario de la aceptación de la corona de México por Maximiliano, allá, en su palacio de Miramar, el 10 de abril de 1864. Luego, los días transcurrieron fatídicamente. Igual que anillos de un boa constrictor, se estrechaba y estrechaba el cerco de los republicanos; las artillerías seguían su diálogo de injurias y estragos, aunque, si ha de decirse la verdad, la de los sitiadores era la que hablaba con menos interrupciones y pausas; los víveres escaseaban a ojos vistas, y a ojos vistas aumentaban las hambres y enfermedades; y cuanto al anhelado retorno de Márquez, por lo

que tardaba, por lo desierto que oteábase el camino, corría parejas con el que ansiosamente escudriñaba la hermana Ana, desde la torre del castillo del cuento.⁴

La población civil, principiaba a flaquear; los entusiasmos y ciegas confianzas en próximas e infalibles victorias, decaían. Sólo el ejército, del Emperador abajo, conservábase resuelto y firme, no obstante la progresiva disminución de efectivos y municiones. Nadie ¡ni en broma! hablaba de rendirse, mas en cambio corría la voz de una salida. ¿Por qué no había de repetirse, con éxito ahora, la épica página de Casa Blanca, en que por poco no arrolla a los sitiadores Tomás Mejía, el león indio, cuando a la cabeza de sus dragones cerró contra Corona, al grito de “¡Así muere un hombre, muchachos!”? De otra suerte, permaneciendo en Querétaro según estaban, pronto no quedarían ni las ratas.

Al fin, se resolvió que salieran; y en la madrugada del 27, comandados por Miramón, Méndez, Moret y Gutiérrez, dos mil ochocientos hombres —entre los que figuraba Moisés, de alférez ya— se adueñaron del cerro del Cimatario, después de arrollados Corona, Régules, Aureliano Rivera, Márquez de León y Arellano. Posesionados del cerro, a él llegó Maximiliano, aclamado con frenesí; hombres y caballos todavía jadeantes y trémulos por lo formidable de las cargas recién dadas. Allí, el Emperador ascendió y condecoró a los más bravos y arrojados; allí, Moisés fue ascendido a teniente y

⁴ El narrador alude a la escena de mayor tensión narrativa del cuento “Barba Azul” (1697), del escritor francés Charles Perrault (1628-1703): la mujer de Barba Azul, amenazada de muerte por su cónyuge, ruega a su hermana Ana que se suba a la torre y vigile el camino por donde deben llegar sus hermanos, los únicos que podrán salvarla. Véase el relato en español en: <<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01826185327817273002257/p0000001.htm>>, o en francés: <<http://clpav.fr/lecture-barbe.htm>>.

Los cuentos de Perrault tuvieron numerosos lectores durante el siglo XIX, en Francia y en otros países. Su estudio continuó hasta la década de 1930 (véase Marc Soriano, *Los cuentos de Perrault. Erudición y tradiciones populares, Argentina*, Siglo XXI, 1975, pp. 42-48). Algunas escenas de “Barba Azul” fueron ilustradas por Gustave Doré. Véase Marcela Carranza, “Barba Azul. El realismo y el horror”, *Imaginaria. Revista quincenal sobre literatura infantil y juvenil*, núm. 249, Buenos Aires, 17 de marzo de 2009, <<http://www.imaginaria.com.ar/?p=2330>>.

El cuento inspiró además la opereta *Barba Azul* (1866) del compositor alemán Jacques Offenbach (1819-1880) y la ópera *Ariane et Barbe-Bleue* (1907) del compositor francés Paul Dukas (1835-1935).

premiado con el Mérito Militar de segunda clase. Pero allí también, prodújose el desastre, al filo del mediodía, en que los republicanos, rehechos, desalojaron del Cimatario a los imperialistas triunfantes, hasta no volver a meterlos en Querétaro.

Al igual de todos corría Moisés, doblado sobre el cuello de su retinto, en medio a un tropel ensordecedor y a una polvareda que borraba los horizontes, preguntándose mentalmente por qué correrían, cuando sintió en la rodilla izquierda un dolor agudísimo, y que el retinto estremecíase y perdía el ritmo de su carrera loca... Y en vertiginosa sucesión, pisando ya las calles de Querétaro, sintió que le resbalaba por la pierna un líquido tibio, que el bruto vacilaba... Alcanzó a ver que las torres y cúpulas de la ciudad se inclinaban fuera de su centro... Oyó, luego, que echaban a vuelo millones de campanillas minúsculas; vio que del cielo caían luces pequeñas e intensísimas, como lluvia de astros, y sin acertar a no ejecutarlo, soltó las bridas y abrió los brazos...

Muchos días anduvo entre la vida y la muerte, atenaceado de dolores, quemado de fiebre continua, presa de intermitente delirio que le consentía escuchar de tiempo en tiempo repiques en los templos, descargas, fusileras, vocerío y canciones... Conforme fue recobrando el sentido de lo real, viose acostado en lecho de pajas, dentro de un pesebre abandonado y sumido en los fondos de un segundo patio. Se restregó los ojos, consiguió medio incorporarse, y excepto a una gallina con cría, que picoteaba las junturas musgosas de los guijarros, Moisés no descubrió alma viviente. Lo que es colmar por sí mismo la ancha laguna que le interrumpía el curso de los sucesos, ni lo intentaba. Y cogiéndose las sienes volvió a cerrar sus ojos, amedrentados de divisar tanta telaraña en el techo de la caballeriza, pero muy contento en el fondo, físicamente contento de saberse resucitado. ¿Qué habría sido todo ello?...

Hasta aquí era lo que, desde pequeña, había venido repitiéndole a Consuelo su nieta, quien de tanto oírse lo sabía de memoria, y zalameramente le truncaba la sobada narración:

—¡Pero, abuelo, si ya me lo has dicho en mil ocasiones!...

Lo que en cambio habíale ocultado, era la parte sombría y de cuidado: nada menos que la explicación e historia del parentesco que tan apretadamente ataba al pobre viejo y a la lindísima rapaza.

La vivienda a la que pertenecía la caballeriza salvadora, había sido el domicilio de una antigua servidora de las Machuchas, a la que éstas y doña Nicolasa acudieron, cuando Moisés, más muerto que vivo, cayó con caballo y todo, al regresar de estampía a Querétaro, y fue levantado al cabo de algunas horas por amigos de la familia. Oculto en tan bien hallado escondite, su gravedad suma le estorbó enterarse del desenvolvimiento de los sucesos trágicos que siguieron a la derrota del Cimatario: la batalla de Calleja, librada con pérdida de la acción y de su vida, por el coronel don Joaquín Manuel Rodríguez, a 1º de mayo; la toma de Querétaro, en la madrugada del 15; el fusilamiento ¡por la espalda! del general don Ramón Méndez, el domingo 19, en la calle del Cebadal, y por último, el fusilamiento del Emperador, de Miramón y de Mejía, a las siete de la mañana del 19 de junio, en el cerro de las Campanas... A las claras, de nada se enteró Moisés, gracias a aquel sopor de la calentura que también impedíale conocer a las dos humildes samaritanas que cuidaban de él, y al galeno denodado que hasta el pesebre se aventuraba de tarde en tarde, para no caer en los castigos de los republicanos, si éstos descubrían al oculto oficial imperialista.

VIII

Y en una de las dos samaritanas estuvo el abismo en que había de precipitarse la juventud herida del valiente mozo, que no daba crédito a su vista, desde que pudo contemplar conscientemente a su enfermera número dos, Rosario de nombre, e hija única de doña Gertrudis Murcia, la enfermera número uno —en todos sentidos— inquilina de la humilde casa, y, consiguientemente, la prestadora del máximo y peligroso servicio de ocultación de un reo de muerte; es decir, una señora a la que Moisés debía la vida dos veces.

Que la chica era un primor, nadie habría osado negarlo ¡vaya unos veinte años los suyos!, y que [a] Moisés hizole el efecto de aparición o cosa de ensueño, es punto que se comprende y aun explica lo ocurrido luego.

Lenta fue la convalecencia, y casi toda ella en el patio donde el pesebre sirviera para que no diesen con el herido, las tres distintas ocasiones que a raíz de la ocupación de la ciudad, catearon la morada; los vencedores, buscaban vencidos en todos los domicilios, con mucha acuciosidad. Una capa de paja sobre el amortecido cuerpo de Moisés, y un mulo desdentado y valetudinario, operaron el milagro de la ocultación. Por lo demás, ni a quién culpar, de Moisés o de Rosario; que estas juventudes, siempre paran en el idilio.

Cuántas noches el dismantelado patio, lo mismo bañado en luna que arrebujaado en sombras, fue el cómplice mudo, el testigo complaciente y discreto de aquellos tristes amores, florecidos al borde del desastre que había desgraciado a Moisés, como al borde de los precipicios y las tumbas florecen los lirios y las rosas. A los comienzos, un idilio castísimo, con sus ribetes de desesperación y de morriña, frente a la pierna hecha pedazos del muchacho, que desde tan temprano condenábalo a ser un inválido y un sin ventura.

¿Adónde había de ir, ni en qué trabajar, ni cómo valerse él, ni menos a su novia?... Hubo noche, en que los dos enamorados lloraron juntos de mirar la pierna todavía rígida y torpe, de mirar el par de muletas apoyadas contra el muro, al alcance de la mano. Pero noche a noche, el filtro de la pasión que les galopaba por dentro de las venas, iba y despertaba, azuzándolos, los sentidos juveniles y bravíos, encerraba los pudores, amordazaba las protestas, encadenaba las resistencias, y, en cambio, arreaba, hacia afuera, con los apetitos torcidos, los suspiros, acercamientos y besos traicioneros; todas las escorias que produce la carne cuando se arde...

A modo de sedante, las lluvias de agosto y septiembre aquietaron los rigores y enconos de los republicanos gananciosos; disminuyeron persecuciones y cateos, con lo que los individuos escondidos, comenzaron a cobrar alguna confianza y a aventurarse por las calles excéntricas de la ciudad regicida, sobre la que el agua caía cual si quisiese lavarla de tanta sangre derramada, llevarse en el gluglú rumoroso de su correr por aceras y empedrados, las congojas y tristezas, los rencores e inquietudes, los duelos y los odios.

Ya doña Nicolasa, sin noticias de su marido, con mil precauciones había visitado dos veces a su hijo, y tratado con éste el serio problema del porvenir; ya tenían concertada su salida sigilosa de Querétaro, disfrazado y bajo nombre supuesto, en un carro de muelles perteneciente a sujeto caritativo, que se apercibía a conducir a México un cargamento de granos; pues fiar en la pierna destrozada de Moisés para que se fugara a pie o a caballo, era fiar en lo imposible.

¡Ah! el dolor de Rosario, al enterarse de que Moisés se le iba... De veras melancólicas fueron las pocas noches que precedieron a la separación; y el patio hipócrita, por viejo y por forrado de piedras, probablemente mucho que se reiría, para sus adentros, de todo lo que aquellos dos chicos se juraron entre sollozos y suspiros: que nunca se

olvidarían, que pronto volverían a reunirse, que su cariño podría más que la distancia, el tiempo y el olvido. Se cambiaron promesas, juramentos, mechones de pelo, ella le dio reliquias de santos milagrosos, un retrato de cuando criatura; y él le dejó un anillo de acero, con sus cifras, en prenda de matrimonio próximo. El patio, se reía...

La víspera de la fuga, aunque ya habíanse dicho adiós, convinieron en verse luego, ya que doña Gertrudis y la casa durmieran, sin malos pensamientos ni pecaminosos propósitos... Y acaeció lo que acaecer tenía, que sin que supieran cómo, Rosario le regaló en el misterio de la noche estrellada, la delicadísima flor de su pureza.

IX

De entonces databa el derrumbe y la desgracia sin término, aquel su peregrinar infructuoso ¡y a trueque de cuantísimos afanes! por distintos rincones de la República, sin fincar en ninguno; su cojera, haciéndolo sospechoso, y su juventud, de peligro. A los principios, cuando por acaso sus negocios pintaban medianejamente en esta ciudad o aquel villorrio (guardador de puertas, recogedor de billetes de teatro o circo, fabricante de cohetes, buhonero a las vegadas, mendigo vergonzante si el sol dábale de espaldas, tallador de baraja o *croupier* de ruleta en ferias pueblerinas, hasta representante de farándula hambroña cierta ocasión), remitió con arrieros y viandantes benévolos, cartas muy afectuosas a Rosario y doña Nicolasa, a la que, además, llegó a despacharle un poquillo que otro, economizados centavo a centavo. ¿Arribaron a su destino letras y reales?... ¿Hallaron buenas a las consignatarias? Jamás lo averiguó Moisés, ni malamente averiguáralo,

supuesto su ir y venir a salto de mata por las anchuras patrias, con nombre fingido, crecida la barba y diciéndose inválido por causas muy ajenas a la milicia; todavía eran de alarmar las opiniones que escuchaba en tantos y tan distintos sitios, acerca de los servidores de aquel imperio fugaz y hecho pedazos. Los más benévolos, los que no pedían en su contra azufre y pez ardiendo, llamábanlos traidores, malnacidos y perros hasta la cuarta generación. Y lo que Moisés preguntábase aterrado: ¿tan sin entrañas sería la República, que no habría de perdonarlos nunca?...

Los años, indiferentes, seguían devanándose, y por ellos y la carencia de noticias, es lo cierto que los recuerdos de Moisés se le empolvaban en los aleros del corazón y la memoria, que ya no eran tan punzantes y dolorosos como a los principios. ¿Vivirían sus padres?... ¿Lo habría olvidado Rosario?... Entrambas preguntas, que a raíz de su fuga de Querétaro se le hincaban en el alma, como puñales, conforme el tiempo fue caminando era menor el daño que le provocaban, hasta no convertírsele en sensación dulcísima, así afirmativamente las contestara. Si sus padres habían muerto, gozarían de Dios, y desde donde estuviesen, seguramente que velarían por él, aunque hasta la fecha, se le manifestara su suerte tan negra. Si Rosario había olvidado ¡mejor!, ello probaría que su falta, la falta de los dos, careció de consecuencias, y que la muchacha había logrado al fin borrarla de su memoria y de su vida. Y a menudo, cuando la evocación de Rosario y de su querer ya no lo enardecían, a guisa de desagravio y recompensa que él, Moisés, no podía ofrecerle, hasta apetecía que se hubiese casado con hombre bueno, y que éste, ignorante del sucedido, la hubiera hecho feliz.

Los años, inatajables, siguieron discurriendo; y allá, por el principio de los ochenta, Moisés afianzó acomodo bien remunerado en Real del Monte, tanto, que en diciembre de

1889 ¡a los diecisiete años de su fuga! pudo realizar su persistente anhelo de tornar a Querétaro...

¡Qué emoción, Señor Dios, qué emoción tan honda la que estremeció su cuerpo todo, su corazón principalmente, al columbrar desde su ventanillo del carro de tercera en que efectuaba el viaje, la ciudad vetusta y coronada de cúpulas y torres!... Porque ahora, llegaba a ella en ferrocarril, ni más ni menos, en un tren del Central Mexicano, recién abierto al tráfico hasta Ciudad Juárez. Un asombro, un asombro para Moisés y para el país íntegro esta transformación rápida que iba acarreado a México una era de ventura innegable y nunca gozada antes. Moisés veíala con muy marcada ojeriza, como a hija de los liberales sus enemigos; y sólo a regañadientes, disminuida y regateada, la proclamaba y admitía cuando no podía menos, cuando se le plantaban frente a los ojos y las manos progresos tan visibles y tangibles como eso: ese ferrocarril que lo llevaba tan ricamente y por poco dinero, de un extremo a otro del país. ¿Era o no era aquello un progreso real y efectivo? ¿Habíanlo consumado los liberales, sí o no?... ¡Ah! ahí dolíale; y por no reconocer como autores de ese y otros progresos, a sus verdugos que no quisieron perdonarlo, que lo enseñaron a odiar, abominaba de los progresos y del Progreso: si los liberales lo traían, a la larga o a la corta se volvería ponzoña.

Al cabo de discretos tanteos, averiguó que una de las Machuchas vivía aún, donde siempre, muy amojamada, medio sorda y casi ciega; y a la casa inolvidable enderezó sus pasos, hambriento de noticias. Nublada la vista y anudada la garganta, Moisés no distinguió a las claras quién habíale franqueado la puerta, y mal adivinó que la viejecita que en la penumbra de la estancia le tendía los brazos, era la Machucha superviviente.

—¿Quién es, Tules? —inquirió con voz helada, de enfisematosa.

Y antes de que replicara la chica interpelada, asido al velador del centro, ahogado de recuerdos y sollozos, Moisés contestó:

—Soy Moisés, Jesusita...

—¿Moisés Torrea? —volvió a preguntar la anciana, pugnando por vencer la ceguera y el reuma, que la tenían pasaderamente inmóvil y a oscuras—. ¡Pero si no puede ser... acércate, acércate para que te palpe y me convenza!...

A causa de la pierna destrozada, que no le permitía escarceos, llegose Moisés a Jesusita, e hincó en tierra su rodilla sana.

No fue abrazo, no, de veras fue un registro el que la anciana realizó en Moisés, palpándole la cabeza, y el rostro, y las espaldas, y el pecho, con sus manos temblonas y flacas; sus ojos mortecinos, bañados en llanto, porque no podían ver y por todo lo que le resucitaba la súbita presencia de aquel aparecido...

Igual que en las comedias, vino enseguida la identificación, llevada a término por la anciana: Tules, era el fruto del desliz de Rosario. Con más ternura que extemporánea severidad, Jesusita aligeró lo mortificante de aquel paso:

—Tules —le dijo a la niña alelada—, aquí tienes a tu padre, por quien tanto hemos rezado. Dios te hace la merced de traértelo...

Y la pobre muchacha, estupefacta, fue a Moisés, que ya la aguardaba de pie, y con marcada hurañía provinciana y muy comprensible encogimiento, dejó que la estrechara, y se estiró hasta besarle la frente. (Que ha de ser mucho cuento el que, de improviso, le caiga a uno su padre de las vigas.) Jesusita, volvió a aligerar la situación:

—Ahora, déjanos solos, mándanos lámpara y mira que se le aliste a Moisés la recámara tuya; tú, dormirás conmigo...

Escurriose la chiquilla piezas adentro, vino la lámpara encendida, y la conversación reservada e íntima dio principio. Con ella se impuso Moisés de cuanto había ocurrido en ese abismo de tiempo: a don Bartolo, a poco de quedarse solitario en La Puerta, habíale dado airada muerte una partida de imperialistas merodeadores; doña Nicolasa, había muerto también, al año de enterarse de tamaña desgracia, y de la del desaparecimiento de Moisés, que la enfermó del ánimo; doña Gertrudis, muerta igualmente, aunque no sin perdonarle su falta a Rosario.

—¡Y a ti la tuya —recalcó Jesusa Calatrava—, tan grave o más que la de ella!...

—¿Y Rosario?... —interrogó Moisés, ansioso.

—¿Rosario?... ¡Pobrecilla! Aferrada a la vida, que desde el nacimiento de Tules se le escapaba, juró y perjuró que Moisés no era muerto, y que algún día, el menos pensado, habría de volver a cumplirle la palabra empeñada, a casarse con ella, a conocer a su hija. Había logrado ir viviendo hasta el año antepasado, no obstante la diagnosticada y comprobada hectiquez que acabó por llevársela. Y en su muerte lúcida y desgarradora, de tísica, lo mismo que una profetisa, había predicho la vuelta de Moisés...

En la salita humilde, frente a tantísima tumba, por breve espacio imperó el silencio que la Muerte impone con sólo mencionarla... Luego, inclinada sobre el pecho la cabeza blanca, alarmados sus pudores de vieja solterona, Jesusa preguntó tímidamente:

—¿No te has casado tú, Moisés?, ¿no tienes ningún devaneo ni vives en pecado?...

Y al escuchar la respuesta negativa que Moisés pronunció en el inconfundible tono de verdad, jubilosa, llamó a la pequeña:

—¡Tules!... ¡ven con tu padre, niña, y quiérela mucho!

X

En el desierto sin término de su vida mancada, tuvo Moisés aquellos días queretanos por inesperado oasis. Él mismo, sin embargo, púsoles fin, movido por un sentimiento de delicadeza. ¿Cómo, a los treinta y cinco años, había de cruzarse de brazos y de seguir gustando indefinidamente, junto con el cariño de su hija —que acabó por salir a la superficie— la generosa hospitalidad de la Machucha superviviente? Tapó sus oídos a las afectuosas instancias, al que “así continuaran hasta que Dios fuese servido”, y sólo transigió con la razonable propuesta de Jesusita, de que él se marchara en busca de mejor suerte, y Tules se quedara, como hija adoptiva de ella, hasta no cerrarle sus ojos, cosa que no había de tardar mucho. Todavía entregáronle unos sesenta pesos, que doña Nicolasa salvara y que Jesusa guardó religiosamente.

—Tómalos, hombre, que son muy tuyos y de algo han de servirte.

Las pocas prendas hereditarias, conservadas asimismo con sumo cuidado, se adjudicaron a Tules: un reloj de plata, con bejuco, arracadas y tumbaga nupcial, de oro desgastado y opaco.

Y una fresca mañana de enero, lo despidieron en la estación, ambas muy conmovidas.

Animado de los más valientes propósitos, Moisés reanudó su brega, pero ¡que si quieres!, su mala fortuna, refrendada por la inutilidad de su pata coja, apenas si consintióle que fuera tirando del carro, igual que antes. Como de otra parte los años corrían cual potros desbocados, comenzó Moisés a resentir sus coces, y a habituarse a ese existir de soledad y de miseria. Ahíto de azotar calles y de probar empleos, decidió sentar sus reales en el portal

de Santo Domingo, y declararse escribiente público. Con muchos afanes reunió el ajuar que tan humilde ministerio exige —mesa de pino sin barniz, silla de tule, carpeta, papel, tinta y pluma— y malmirado a los comienzos por sus colegas rivales, tolerado luego, instalose en el vano del arco número 5, de frente a la Aduana y de espaldas a una tapicería oscura y baratera. Pronto se hizo al nuevo oficio, que le resultó ¡quién lo creyera! hasta con sus miajas de grato, sobre todo cuando se le acercaban maritornes jóvenes, y le pedían que les escribiera muy cariñosas misivas a los padres ausentes en el terruño agreste. Entonces, la prosa de Moisés, su letra mixta de inglesa y antigua española, adquirían, respectivamente, acentos elocuentes y tiernos, perfiles y contornos caligráficos. Era que su temperamento lo traicionaba, y todas sus ternuras inéditas, su única pasión truncada y su paternidad casi metafísica, se le amotinaban, y no hallando mejor salida, íbansele a las puntas de su pluma vulgar y alquilona, a la que dignificaban y ennoblecían. En cambio, rehusábase a escribir cartas que aun de lejos trascendieran a picardía o gatuperio; lo que pronto le dio en el portal fama de puritano hipócrita y falsificado. ¡Vaya usted a saber lo que el cojo ese habría hecho en sus mocedades!

Esa fama, no obstante, fue causa de que se ganara excelente parroquia, y de que en ocasiones le encomendaran la busca y el ajuste de una buena sirvienta, o de que se le designase árbitro y amigable componedor de diferencias más o menos escuderiles y de escaleras abajo.

Tarda correspondencia mantenía con Tules y Jesusita, y conforme los años galopaban más, más acostumbrábase él a esa perpetua separación de su hija. Dentro de tal separación, alargada desmesuradamente por la causa incontrastable de la falta de medios, supo Moisés del matrimonio de Tules con un don Abundio Pedreguera, español y abacero domiciliado en Apaseo. Se apresuró a otorgar el consentimiento que le pidieron, y aun

levantó los brazos al cielo, en señal de rendidas gracias, por aquel enlace que le aseguraba a su hija un apoyo harto más sólido y duradero que el de la angelical Jesusita Calatrava, ya en las últimas, tanto, que murió de ahí a poco, en plena luna de miel de los esposos Pedreguera Torrea.

Como una ostra continuaba adherido Moisés a su mesa y a su portal de Santo Domingo, contemplando, entre burlón y compasivo —lo que le emberrinchaba al socarrón de don Hércules— las transformaciones que con el correr de los tiempos imponían a la arcaica plazuela ayuntamientos y gobiernos. Asistió a la fuga de las carretas que la colmaban; a las metamorfosis interiores del enorme inmueble que la domina; al trazo de los dos jardines que ahora la adornan con sus sendas estatuas sedentes de la Corregidora y de un galeno célebre;⁵ y para su sayo, felicitábase de que resistiera a esas y otras tentativas de modernizarla. Mucho mejor que los hombres, la plaza resistió en efecto, persistió en conservar su fisonomía colonial y antigua, su Inquisición adusta, su Aduana pesada y señorial, sus portales característicos y feúchos. Particularmente en las noches, exhalaba un suave perfume de tiempos idos, lucía un sello inequívoco de época pretérita y amable.

Encorvado sobre su mesa, Moisés se enteró de que Tules, a los cuatro años de casada, lo había hecho abuelo; y desde su mesa también, fue imponiéndose de los adelantos que el país realizaba en manos de los “señores liberales”, con quienes acabó por transigir, gracias a la fracción mínima que del bienestar general a él le tocaba. Sin ambiciones ni esperanzas; cada día más torturado y esclavo de su pierna rota, desengañado, solitario y

⁵ Se refiere a Manuel Carmona y Valle (1832-1892), catedrático y director de la Escuela Nacional de Medicina, quien contribuyó al avance de esta ciencia en México. Su estudio sobre la fiebre amarilla fue publicado por *La Voz de México*, periódico “archiconservador-monárquico” que difundía la obra de escritores católicos. La estatua conmemorativa se colocó en 1909, en la plaza de Santo Domingo, y fue trasladada en 1965 al Jardín de las Artes Gráficas en la colonia Doctores. Véase Clementina Díaz y de Ovando, “Presentación” y “Advertencia”, en *El doctor Carmona y Valle y la fiebre amarilla son noticia periodística (1881-1886)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. IX-XI; véase la imagen en <<http://static.panoramio.com/photos/original/16921126.jpg>>.

pobre conformábase ya con que lo dejaran escribir en paz sus cartas y memoriales, vivir los tabucos que vivía, y comer su pan en los figones y fondas de las barriadas hormigueantes, como la de Peralvillo —calle Granada 14, adentro 26—, en la que había ido a parar con sus huesos, resuelto a que hasta allí fuera la muerte a recogerlo.

Pero, el hombre propone... y Dios dispuso que el invierno de 900 una arrasante epidemia de tifo diezmará a Apaseo, y que entre las víctimas figurara su ignoto yerno. Con lo que a los principios del siglo, su existencia sufrió un cambio total y extraordinario, pues viuda y huérfana presentáronsele en demanda de calor y arrimo. Por dicha, Tules llegó no nada más con la chiquilla, que era un encanto, sino con algunos dineros por añadidura, obra de doscientos pesos que a raíz de su viudez entregaron a Tules, a cuenta de lo que correspondía a Abundio como fundador de El Correo Mercantil, en liquidación, según se lo declararon el socio Cándido Corro, y los golillas y tabeliones que mangoneaban la liquidación fementida.

XI

Tan absoluto fue el cambio, que hasta de habitación mudaron, pasando a la vivienda “con vista a la calle”. Se compró lo de mayor apremio en materia de muebles, de segunda y aun de tercera mano por supuesto, y se contrató fámula barata, juvenil y descalza. Para Moisés, aquella transformación del domicilio le resultó cosa de tramoya, y a cada despertar, sus ojos resistíanse a creer en lo que miraban. Tules era una maga. ¡Qué limpieza la de la casita, desde los pisos a los techos!, ¡qué rendimientos los que le exprimía a un peso duro!, ¡qué

sabrosa y bien oliente la comida!... Lo que más encandilábalo era la transformación del corredorcillo, en el que ya cantaba un cenizote, prisionero en jaula de carrizos, y florecían, dentro de sus tiestos de barro, margaritas y heliotropos. Y lo que tenía de turulato y suspenso, era Consuelo, la nieta, que se puso a quererlo con el instinto de los pequeños, quienes, igual a las enredaderas titubeantes, se abrazan al primer tronco que les sale al paso, así sea añoso y huérfano de ramas y de hojas. Ellas, las enredaderas, los cubrirán totalmente y los regalarán con el aroma de sus flores, los calentarán con su savia joven, les harán creer que la primavera ha vuelto, y hasta donde más puedan, los defenderán de los cierzos y las nieves. Así Consuelo, realizaba idéntico prodigio en el pobre Moisés, cuyo corazón reventó de súbito para idolatrar a aquella criatura que, en su media lengua, contábale quién sabe qué cosas, viejas como el mundo y simples como la pureza, que todas las boquitas infantiles balbucean, y que todos los abuelos escuchan, cual si fuesen la música más deleitable de la vida.

Pronto se estableció la alianza, al parecer indestructible por lo hondísimo de su raigambre, entre abuelo y nieta. Según la muñeca crecía y se avisaba, según Moisés envejecía, el amor aquel los ataba y los ataba con cadenas más dulces, que ambos cargaban regocijados y dichosos. Todavía en Consuelo, el asunto dependía del instinto antes que de la pasión; su conciencia rudimentaria y su memoria en ciernes no le consentían análisis u otros tiquismiquis, ni menos podían hablarle de un ayer sin amores, reseco como estepa de indiferencias y odios. En tanto que Moisés, privado de toda especie de afectos durante porción de años, siendo su temperamento de querendón y amoroso, metiose íntegro dentro del corazoncito de su nieta, y en sus pliegues cándidos y virginales se prometió largo inquilinato de ventura. Todas sus ansias de masculino, todas sus nostalgias de desgraciado, todos sus anhelos y amarguras, vamos, hasta el mismo cariño que no tuvo tiempo de

esconder en el pecho de Rosario, a manera de ofrenda, todo se apaciguaba y desvanecía al lado de esa mocosa tartamuda y risueña que le quitaba el bastón, y le mesaba las barbas, y con su boca roja y sin dientes, ya lo llamaba “abuelo” y prometíale quererle mucho, ¡mucho!... Pendiente de su crecimiento, en éxtasis frente a lo que aumentaban su belleza y gracia, no paró mientes en que Tules enflaquecía a ojos vistas, por culpa sin duda de una tosecilla sospechosa, ni en que él se aviejaba a paso de carga.

XII

Aquello no sería nada, no podía ser nada, sino aprensiones; y si había de ser algo, hasta que se presentara, que no se lo anticipase nadie, que lo dejaran seguir soñando, ya que en suerte le había tocado pasarse la mayor parte de su vida con los ojos abiertos...

Tan de prisa, de veras, se espigaba Consuelo, que se llegó la fecha de su primera comunión; y fueron tales los empeños de Tules por que su hija la hiciera como Dios manda, tales su velar y su coser, que su minada naturaleza dobló las manos, y el propio día en que Consuelo iluminó la vivienda con las blancuras de su traje y de su alma, Tules cayó en cama, sacudida de escalofríos y abrasando de fiebre; una pulmonía legítima, que se la llevó al cabo de la semana.

¡Qué noche la del velorio, muy concurrido de vecinos que se llegaban a contemplar de cerca el rostro de la muerta; con su rezo coreado, con su fatídico parpadear de cirios, y su tufo de sudor de gente pobre y de ácido fénico regado en los ladrillos!... ¡Qué día, el siguiente, en que se efectuó la inhumación, allá en la zona municipal y gratuita del

cementerio de Dolores, donde es la regla que los deudos caven las fosas estrechísimas, y que las fosas carezcan de lápidas y túmulos!... En el trayecto que va de las rejas a esa sexta clase, cuatro vecinos serviciales cargaron el ataúd; tras ellos, el abuelo y la nieta, de la mano, la cojera de Moisés haciendo creer que buscaba algún sepulcro vacío, para desplomarse; y a lo último, más vecinos, mujeres mal vestidas, granujas juguetones, todos los que habían cabido en el tranvía...

Los eslabones que unían a Moisés y Consuelo, se remacharon. ¡Con qué ternura entrañable se abrazaron de vuelta a la vivienda, en la que ahora palparon que Tules, siendo tan prudente y poquita cosa, era quien la llenaba con su hacendosa presencia!

No está averiguado de qué artes se valdría Moisés para salir adelante en la empresa ardua de que Consuelo, aunque escaso y pobre, lo tuviese todo, inclusive su educación en el plantel del gobierno. En su ingrato oficio luchó Moisés, desesperado como un galeote; escribía hasta las mil y quinientas, multiplicaba ajustes de sirvientes, aun consumó reprobables agencias, sí, enderezó tuertos amatorios y rindió voluntades zahareñas que fingidamente resistían a casorios y a ayuntamientos menos formalistas. ¡Qué diantre! Lo primero en el mundo era su nieta, a la que tenía que alimentar, que vestir, que educar y que querer; eso sobre todo, quererla conforme la quería, con ceguedad y con delirio. Si por sus desdichas se le cerraban las puertas a que ya estaba llamando, hasta pensó en la apostasía máxima, en la claudicación suprema: serviría al gobierno de los “señores liberales”, que no daban traza de soltar al mango de la sartén en que se freían los destinos nacionales.

Cuando volvió la cara, el doble fenómeno natural e ineluctable se había consumado: él era un anciano cada día más inútil, y Consuelo era una encantadora flor de carne en plena juventud y desarrollo, a tal extremo tentadora y deliciosa, que sintió miedo de que se la marchitaran y perdieran. Instintivamente, hacía el cargo de que los tesoros jamás se hallan seguros del todo en parte ninguna, y de que el tesoro por excelencia es la mujer joven y bella. ¿Dónde ocultar el suyo, a su nieta, ni cómo ponerla a cubierto de asechanzas y precipicios?... Luego, que Moisés no le negaba nada, ni se sustraía al imperio que la chica ejercía en su voluntad y ánimo. Bien es cierto que Consuelo no pidióle nunca cosa fuera de razón; pero sus zalamerías y mimos, derretían las firmezas endebles del anciano. De ahí que a la cuarta o quinta embestida se allanara Moisés a que la muchacha, más hábil para cuentas y escrituras que para remendar rotos y zurcir descosidos, provista de su figura y de un diploma de la Escuela de Comercio, medianamente remunerada se acomodara en bufete de “un señor licenciado” de larga fama y no cortos calendarios.

Justo es que aquí conste, que Moisés no cedió movido por convencimiento o por complacencia vituperable, cuanto porque con honda tristeza palpaba que su parroquia le volvía las espaldas, a pesar de sus esmeros en redacción y gallarda letra. Era que, en el apolillado portal histórico, había aparecido un enemigo invencible y sin entrañas, que les tiraba a degüello a los evangelistas tradicionales y clásicos. Primero, fue uno, de avanzada; y menuda gresca la que se ganó el que la llevaba, al desenfundarla y ponerse a recorrer su teclado; porque se trataba de una máquina de escribir, remozada y que sonaba a vidriera rota. Hubo carcajadas, silbos, malas palabras, amontonamiento de mercaderes y compañeros de oficio para contemplar de cerca cómo funcionaba aquel “chisme de hoja de lata”. Don Hércules, llegó a predecir un fiasco:

—¡Yo me juego unas Dos Equis de Orizaba, a que los marchantes, los que desde hace siglos portan por este portal, no pican ese anzuelo!...

El trivial incidente causó a Moisés impresión especialísima; furtivamente, desde su asiento estuvo examinando la tarde entera el enmarañado aparato, sin parar tocado por su dueño, a efecto de llamar la atención de desocupados y transeúntes. Perseguido de tercios presentimientos, se los comunicó a Consuelo, cuando cenaban juntos en la vivienda.

¡Válgame Dios, y lo que rio la nieta de las pavoras del abuelo! en su calidad de “taquígrafa y mecanógrafa” titulada, púsose a desvanecérselas, a detallar el sencillo mecanismo, a encomiar el ahorro de tiempo y de esfuerzo que con su uso se realizaba, y la llamó con mil nombres afectuosos, sostén, merced, mina...

—¡Es el progreso, abuelo, es el progreso!

—Pues a mí se me figura ave de mal agüero que viene a quitarme el pan, y quién sabe si no, también algo más... —repuso el viejo, profético.

Consuelo le ahuyentó tan negras ideas, y entre veras y bromas le anunció que acabaría por comprarse una, y que ella, la nieta, se convertiría en la maestra del abuelo.

—Y tú, te pondrás colorado de que una muchacha como yo enseñe y corrija a un señorón como tú, que hasta emperadores ha conocido... ¡Cuidado, don Moise, que en lugar de mayúscula ha puesto usted un espacio!...

Si se quiere, acháquese a coincidencia, pero es lo cierto que a partir del apareamiento de la endiantrada máquina en el portal de Santo Domingo, se inició para Moisés la época segunda y postrimera de sus infortunios. A poco de haberse aparecido, y contrariamente a las predicciones de don Hércules, los marchantes sí picaron en ese anzuelo; por lo que llegó otra, y luego, tres de un golpe. El trabajo de Moisés y el de un colega tan retrógrado como él, no resistieron la desigual competencia. Roído de

supersticiones, solía Moisés aproximarse a determinarlas, cuando funcionaban cuando descansaban, hasta se aventuraba a tocarlas, a la ligera; y largo espacio quedábase taciturno y hosco, devanando dentro de su cabeza el formidable dilema de adquirir una y dominarla, o perecer sin remedio. La propia conservación amenazada hizo que, a espaldas de Consuelo, comenzase a economizar ochavos y a calcular plazos: ¿un año?, ¿dos años?...

XIV

Y sucedió, que al ajustar los primeros cinco pesos, la dictadura cayó, estruendosamente; y a su zaga prodújose la cesantía de Consuelo, pues “el señor licenciado”, también puso pies en polvorosa...

“¡Maldita máquina!”, mascullaba el evangelista a cada vicisitud nueva; cual si el aparato inofensivo fuese maléfico realmente.

No son para dichas las penas que se abatieron sobre la pareja; hasta que sitiados por el hambre, Moisés apencó con que Consuelo trabajara en oficina de gobierno. Porque lo que él se decía, peor enemigo es el hambre, que la promiscuidad de sexos en una oficina pública.

La chica, por su parte, mostrose encantada del sesgo, que le permitiría sostener al abuelo y sostenerse a ella misma.

De improviso, dio en acicalarse fuera de medida, aun en teñirse las mejillas y los labios, y en bailar y cantar como una loca o como doncella herida en el corazón.

Y una noche, la confidencia: habíale salido novio, Eutimio Alcorza, un guapo mayor de infantería venido a México entre las huestes nortteñas que se decían redentoras, el que le había dado ya, juntamente con algunas chucherías y minucias, palabra de casamiento... ¿Qué tal?

Por toda respuesta, Moisés abrió los brazos, pues sintiose en el vacío; luego, se llevó entrambas manos al corazón, para que no fuese a salirse del pecho; interrumpió la cena, y con su pierna a rastras, fue y dejose caer en su angosto catre de hierro.

Deslumbrada frente a un amor tan inmenso, lo siguió Consuelo; y de rodillas junto al anciano sollozante, lloró ella también, prometió que no se separarían, y bosquejó el retrato de Eutimio, que domiciliaba a éste en la comarca quimérica de los seres perfectos:

—Quiere conocerte, abuelo, me ha suplicado que yo lo traiga. ¿Te lo traigo mañana?...

Se lo llevó, en efecto, un magnífico tipo de macho joven y bravío.

—¿Qué te ha parecido, abuelo? ¿Verdad que tengo razón para quererlo como lo quiero? —le preguntó la chica, en cuanto se quedaron solos.

Moisés, celoso tres veces, por abuelo, por hombre y por viejo, no pudiendo negar la hermosura física del mozo que le arrebatava su tesoro, buscó algo con que empequeñecerlo, e irónico le repuso:

—Averigua antes si es mexicano, pues por el traje y el sombrero no lo parece...

—¡Abuelo!, ¡abuelo!... no seas mala lengua. ¿Acaso no sabes que así acostumbran vestir los revolucionarios?

En la tiniebla del cuarto —que era la que hacía de biombo para proteger los pudores de la muchacha—, acostados los dos, aún resonaron los refunfuños del viejo inconforme, y

la risa cascabelera de ésta, a quien no cabía en el juicio que Moisés la supusiera en amores con un extranjero.

XV

Precisamente aquella noche, Moisés iba pensando en la sorpresa de su nieta cuando él la enterara de que, al día siguiente entraba en posesión de una máquina de escribir, de medio uso, y pagadera en abonos garantizados con la máquina misma y con la firma de don Hércules. Haríale ver que para que el Progreso no lo triturara, se volvía progresista... de conveniencia, como la mayor parte de ellos. Y sonriendo por adelantado de lo que juntos se reirían los dos luego, de bonísimo talante recorrió el extenso trayecto que sabíase de coro: las calles de Santo Domingo, las de Santa Ana, las de Peralvillo, congestionadas de gente atareada y ociosa; de luces echadas en el arroyo, como canes cansados, o disimulando la fealdad de las fachadas; de vahos de alcohol y de fritangas; resonantes de risas y voces, de repiquetear de tranvías, de rodar de coches y carros, de músicas de cines y figones.

En la inmunda casa de vecindad, los granujas armaban en el patio, amplio y lóbrego, su zambra de costumbre; por puertas y ventanas de las habitaciones escapaban rumores de disputas domésticas, tufo de cenas humildes, palpitaciones de lámparas de petróleo y de velas de sebo. Lo de siempre.

Abrió Moisés su puerta, la que daba acceso a la diminuta azotehuela delantera de su vivienda, y le chocó que en ésta no hubiese luz... ¡Bah! los novios habrían salido a comprar alguna golosina, como solían... Pero una profunda inquietud irrazonada lo forzó a caminar

muy despacio los cuantos pasos del patiecillo. Empujó la vidriera, que cedió enseguida, y por cobrar ánimos, llamó en voz alta:

—¡Consuelo!...

Nadie le contestó. No obstante la caminata, sintió Moisés un extraño escalofrío que le caló sus huesos. Requirió los fósforos, que por lo que el pulso le temblaba no pudo prender al pronto, y en tono más alto, volvió a llamar:

—¡Consuelo!...

La flama de la cerilla, medio disipó las sombras, y Moisés avanzó hasta no topar con el quinqué, que encendió trabajosamente...

En la reducida vivienda, todo hallábase ordenado y en su sitio; pero en la mesa, ya aderezada para la cena, encima del plato suyo, se divisaba —como en los dramones que él tenía vistos en el teatro Hidalgo—⁶ una carta desdoblada “y escrita a máquina”...

Era el adiós, el anuncio trágico de la separación definitiva, el abandono del nido, el vuelo desatentado y ciego de una juventud enferma de amor, que no repara en las heridas que abre, ni en las lágrimas que provoca, ni en las muertes que causa:

“...por Dios santísimo, abuelo, no me maldigas, porque destruirías mi dicha; y guarda este beso, el último, en tus canas...”

México, invierno de 1921

⁶ El 27 de febrero de 1910, el periódico *El Imparcial* aseguraba que el Hidalgo “es el teatro popular de México, allí concurre todos los domingos un público sano y modesto que llora en los terribles dramas de capa y espada”. Véase Luis Reyes de la Maza, *El teatro en México durante el porfirismo*, t. III (1900-1910), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, p. 437.

Décadas después, Enrique Olavarría y Ferrari alude a las obras que ahí se representaron: “el repertorio de dramas sensacionales y patibularios, patrióticos y religiosos, por ejemplo *Lázaro el mudo*, *Chucho el roto*, *El cura Hidalgo*, *San Felipe de Jesús*”. Véase Enrique Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, 3ª edición ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, t. IV, Salvador Novo (prólogo), México, Porrúa, 1961, p. 2953. A partir de 1914 el teatro presenta también óperas: *Fausto* de Charles Gounod, *La Traviata* de Giuseppe Verdi, *El barbero de Sevilla* de Rossini, entre otras. Enrique Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, 3ª edición ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, t. V, Salvador Novo (prólogo), México, Porrúa, 1961, *passim*.